

año. Preso por último, y conducido á presencia del Monarca, fue sentenciado á pena capital. Su ciencia y dulzura le habian creado algunos partidarios en derredor del trono, los que intercedieron en su favor, y el Monarca conmutó su castigo en un destierro perpetuo. Viendo que ya no le quedaba medio para continuar su mision, se dirigió á Roma con el objeto de empeñar al soberano Pontífice á enviar obispos y operarios á aquel país en donde la Religion encontraba corazones tan fieles. Atravesó en seguida la Persia y la Media, llegó por último á Roma el 27 de junio de 1649, después de treinta y un años de excursiones y peligros de toda especie. «¿Qué hacemos en Europa, escribia en esta época, que pueda igualarse con la gloria de estas conquistas? Uno solo de nuestros Padres ha bautizado durante el espacio de un año seis mil cristianos, dirige en la actualidad cuarenta mil, y cuida de setenta iglesias. Nuestro buen maestro Jesucristo nos llama y quiere ser nuestro capitán.»

Verdad es que el Jesuita era ya demasiado anciano para abrigar la esperanza de volver á ver á sus neófitos; pero tenia fe en su obra, fe en la Santa Sede y en el celo de sus sucesores. Acogido por Inocencio X con un afecto que igualaba á sus afanes, quiso este Pontífice, para honrar al Jesuita, cuyos servicios apreciaba la Iglesia, encargarle á él mismo de la ejecucion del proyecto que habia concebido. Con este designio corrió á Paris, donde residian á la sazón aquellos grandes hombres religiosos que dominaban al mundo con el brillo de sus talentos y la heroicidad de sus virtudes. Acababa de rehusar la dignidad y el título de obispo de que se habia dignado investirle Inocencio X, y se dirigia á Francia para suscitar los primeros pastores y crear misioneros. Conmovido Juan Jacobo Olier, fundador de la Congregacion de San Sulpicio al escuchar el relato del Jesuita, á pesar de hallarse agobiado bajo el peso de sus dolencias, se arrojó á sus piés, instándole para que le aliste en la santa milicia que está reclutando; pero sordo este último á sus instancias por verle ocupado en renovar con su Instituto el espíritu del clero francés, se mostró inflexible, y le negó su demanda. «Ocho dias hace, escribia á la sazón Olier, que di á conocer la soberbia de mi corazón, manifestando el deseo que tenia de seguir á este gran apóstol del Tong-King y la Cochinchina; pero cuando le hube hablado acerca de este deseo, ó mas bien de este proyecto, aquel santo

«hombre, ó Nuestro Señor por él, me ha reputado indigno de ello.»

Sin embargo, el Jesuita otorgó á varios jóvenes lo que habia negado á Olier, inspirado por el verdadero interés de la Iglesia; y cuando hubo preparado para el apostolado á los nuevos operarios, se lanzó él mismo en busca de nuevos peligros, á la manera de un antiguo atleta á quien rejuvenecen los combates. Al atravesar la Persia, habia tenido ocasion de ver que la miés podia ser abundante; y deseando consagrar sus últimos dias al cultivo de aquella comarca, suplicó al General de la Compañía que le autorizase para establecer en ella una mision. Su deseo fue bien acogido, y el que habia plantado la cruz en el Tong-King y la Cochinchina, pudo tambien enarbolarla en los muros de Ispahan, y algunos años después, el de 1660, espiró víctima de sus tareas apostólicas.

Aunque sin prestar á sus obras un sello semejante de gloriosa individualidad, marchaban otros Jesuitas por las huellas de los dos anteriores; sucumbiendo unos, como Vicente Álvarez, al filo de la cimitarra mahometana, y pereciendo otros, como Antonio Abrero, sumergidos en las olas á consecuencia de un naufragio. El 29 de junio de 1648 falleció Francisco Paliola en la isla de Magindanao atravesado por el puñal de un apóstata, y el 11 de noviembre del año siguiente espiraba el P. Vicente Damian, uno de aquellos misioneros que á la sazón aparecian milagrosamente: fue asesinado por los gentiles de las islas Filipinas. Mientras que Francisco Roza combatia en el sínodo de Diampur, y expresándose en dialecto tamul, los errores del nestorianismo por los años de 1599, se ocupaba el P. Pimentel en la fundacion de una casa de la Compañía en Negapatan y un seminario en Santo Tomé. Simon Sa, que habia sido enviado como embajador á las costas de Coromandel, fue acogido en Bisnagar favorablemente por el Príncipe, á quien sus súbditos honraban con los pomposos títulos de rey de los reyes, esposo de la buena fortuna y soberano absoluto del Oriente, Mediodia, Aquilon, Occidente y el mar. El soberano de Gingea pedia Jesuitas para su reino, mientras que estos se ocupaban, comunicando un gran impulso al movimiento cristiano, en propagar la doctrina evangélica por todos los ámbitos del Indostan, desde el Ganges al Indo, y desde el valle de Cachemira á Golconda. Diseminados por aquellas regiones inmen-

sas, y perdidos, por decirlo así, en medio de aquellos pueblos que tenían un culto exclusivo, una ciencia y unas costumbres enteramente suyas, y que profesaban una antipatía hereditaria á los europeos, no habían conseguido aun vencer tantos obstáculos. Y si en la China habían debido á la docilidad de los magnates y literatos la introduccion del Evangelio, en el Indostan por el contrario, únicamente los parias adoptaron el emblema del cristianismo como el signo de su proscripcion, y como la aurora de una nueva esperanza.

Mas este mismo emblema, que para ellos era un signo de igualdad, ofendió altamente á las clases elevadas de los bramias y rajahs, que á través del madero del Calvario, vislumbraban de continuo la sangrienta espada de Alburquerque, ó la de los aventureros de profesion que habían acompañado al conquistador. Los parias habían buscado un refugio y un consuelo en el Evangelio: este Evangelio no tardó en ser declarado despreciable, por la sola razon de haberle adoptado los parias. Mas, como á los ojos de los misioneros era un tesoro mas inestimable la salvacion de aquellas clases malditas que lo podia ser la de los bramias, no contentos con inspirarles el sentimiento de la humana dignidad, sacaban del fango á las pobres hordas agobiadas hacia tantos siglos bajo el peso del anatema universal. Conocian que era indispensable inocular la fe en los corazones de las clases privilegiadas para hacer mas soportable la condicion de los primeros neófitos. No les faltaba buena voluntad; pero los medios no correspondian á su celo. En esto se dejó ver en el puerto de Goa por los años de 1605, Roberto de Nobili, cuyo nombre estaba unido á la cátedra de san Pedro por los pontífices Julio III y Marcelo II, y á la corona germánica por el emperador Oton III.

Nacido en Montepulciano en 1577, había renunciado, como el cardenal Belarmino su tío, á los honores y cargos civiles y eclesiásticos por ingresar en la Compañía de Jesús, donde amaestrado por el P. Orlandini, se consagró desde luego á las misiones, y apenas había cumplido los veinte y ocho años, cuando se presentó en el Nuevo Mundo, impulsado por la codicia de las conquistas evangélicas. Viendo que los misioneros de Carnate, Gingea y Tanjaur se hallaban en un estado de desaliento al observar que los bramias, ó sean los sacerdotes y doctores de la nacion, no se habían dignado siquiera descender del apogeo de su vanidad para hu-

millarse ante una religion que habían adoptado los parias, concibió la noble idea de seguir un rumbo contrario, imaginando que quizás produciria resultados mas felices un sistema diferente de accion.

Como en odio de los últimos rechazaban los primeros al cristianismo y los Jesuitas, Nobili, á quien había caído en suerte la mision del Maduré, trata de hacerles aceptar el Evangelio por una via menos sospechosa á su orgullo. Improvisase brama, ó lo que es lo mismo, se amolda á las costumbres, habla el idioma y se apropia el traje de los saniasis¹; y habitando como ellos en una choza de césped, se condena á una vida de austeridades y privaciones, absteniéndose de comer carne y pescado, y de beber toda clase de licores. Rasúrase la cabeza, con arreglo á su costumbre, dejándose un solo mechón de cabellos en el vértice; cálzase unos zuecos con hebillas de madera; colócase un gorro cilindrico de seda de color de fuego, y de cuya parte superior pendia un largo velo que cubria sus espaldas; vístese con un traje de muselina, dejando ver unos ricos pendientes que flotaban sobre su cuello, y hácese una señal amarilla en la frente con el jugo de la madera de Sandonan.

Y cuando en el misterio de su gruta, á donde nadie se había aproximado aun, ha conseguido identificarse con las costumbres y ceremonias del país, pone en práctica su proyecto, aprobado por el arzobispo de Cranganor y los Jesuitas; siendo tan completa su metamórfosis, que ni aun la perspicacia de los bramias pudo ver en él un europeo. Transformado ya en santo y sabio como ellos, le interrogan acerca del origen de su nobleza; jura que descende de una raza ilustré; registran su juramento, y se le confiere el nombre de Tatouva-Podagar-Souami, que significa hombre que ha pasado por maestro en las noventa y seis cualidades del verdadero sabio.

Acostumbran decir los indios que el oro y las perlas se ocultan, y que para conquistarlas son necesarias grandes fatigas. Nobili le había meditado, y trató de aplicar el proverbio. Sabiendo por otro lado que la curiosidad no satisfecha es un fuerte estímulo, se propuso permanecer retirado, no haciendo ninguna visita y recibiendo las menos posibles, y de este modo llama la pública

¹ Los Saniasis son los bramias penitentes, la raza mas respetada del Indostan.

atencion. La fama de su sabiduría y de sus austeridades se difunde entre los bramias, y muchos de ellos manifiestan un deseo vivo de escucharle. Accedió por fin á sus instancias, y abriendo una escuela, y mezclando la enseñanza de la doctrina celestial con la terrestre, consiguió en poco tiempo hacerles admirar los dogmas y leyes de la religion cristiana. Cuatro años después de su arribo al Maduré, llegó á superar los obstáculos y á recoger el fruto de su perseverancia. Algunos bramias empezaban ya á postrarse ante la cruz, y el misterio de la igualdad humana se ennoblecía á sus ojos. El monarca de aquel país se había propuesto abrazarle luego que lo hubo comprendido; pero aquellos bramias, que no habían aun sometido su orgullo á la humillacion del Calvario, asesinaron al príncipe en una pagoda, proclamando en seguida que los dioses habían arrebatado á su Rómulo indio, transportándole á la mansion de la gloria.

Pero si el Jesuita había triunfado por un milagro de valor y paciencia, los europeos trataron de acriminar su triunfo, y le explicaban diciendo que se había hecho brama, y que animaba á la supersticion é idolatría para añadir á la Compañía de Jesús un nuevo reflejo de poderío. En 1618 estaban tan acreditadas estas imputaciones, que fue citado á comparecer ante el arzobispo de Goa. Preséntase inmediatamente en aquella capital para cumplimentar las órdenes de sus superiores; pero apenas había puesto el pié en ella, cuando advirtiéndolo el P. Palmerio, visitador de las Indias, y demás Jesuitas que se hallaban presentes, el nuevo disfraz que le cubria, lanzaron un grito de indignacion. Nobili lo había previsto y traía preparada su defensa. Esta era perentoria, y desvaneció fácilmente las animosidades de sus colegas, sin embargo de no ser acogida tan favorablemente en el tribunal del arzobispo. La cuestion era delicada: desde Goa, donde cada uno la solventaba á medida de sus pasiones, de su fe y animosidades, la trasladaron al tribunal de la Santa Sede, donde aun en las mismas gradas del trono pontificio encuentra Nobili un censor en su mismo tio, el cardenal Belarmino. Apoyado en la pureza de sus intenciones, al par que convencido de que no había otro medio para aclimatar el cristianismo entre los bramias, resistió con tanta energía á las objeciones que le hicieron, y probó con tanta elocuencia la madurez de sus planes, que el mismo Almeida, inquisidor de Goa, no pudo menos de rendirse á sus razones. El

Dominico defendía la causa del Jesuita, á quien el 31 de enero de 1623 autorizó Gregorio XV para que prosiguiese su proyecto, hasta nuevo exámen por parte de la Santa Sede.

Con el emplazamiento de la cuestion de los ritos malabares, pudo Roberto entregarse con seguridad de conciencia á sus extrañas tareas, que volvió á empezar efectivamente después de cinco años de debates, y que continuó hasta el dia en que, privado de la vista, no le fue ya permitido trabajar en la salvacion de los indios. Como les había consagrado su juventud y aun su edad madura, tanto en su retiro de Jafanapatan, como en el colegio de Santo Tomé, quiso tambien dedicarles sus últimos momentos. Como la ceguera le impedía la vida activa, y no le permitía su caridad permanecer mucho tiempo en la inaccion, se dedicó á componer en cada uno de los dialectos del Indostan algunas obras, con el objeto de allanar las dificultades que ofrecia á los europeos tanta diversidad de lenguaje; y después de cumplido esto, falleció el Jesuita en 16 de enero de 1656, á la edad de ochenta años, siendo su sepulcro, que existe á poca distancia de Maduré, el objeto de la veneracion de los indios ¹.

Para caminar por la senda trazada por este humilde sacerdote, que había ganado mas de cien mil bramias al cristianismo, se necesitaban hombres excepcionales que renunciassen como él á sus gustos y hábitos, y capaces de crearse una existencia enteramente diversa de las costumbres de su patria. Un nuevo Jesuita, el P. Juan Britto, hijo de un virey del Brasil, se ocupó con algunos años de intervalo en fecundizar la mision interrumpida por muerte de Nobili. Arrancado este nuevo operario en 1672 á las lágrimas de su familia, á los ruegos de sus amigos, y á las súplicas de D. Pedro de Braganza, regente á la sazón de la corona de Portugal, corre al Maduré en la flor de su edad, y se hace saniasis. Dotado de un celo ardoroso, aunque temperado por la prudencia, y poseedor de la ciencia de las Indias así como de la de Europa, pudo fácilmente operar prodigios en el espacio de algunos años; pero no bastando á su caridad el círculo de Maduré, se lanza á través de Tanjaur y Gingea; franquea á sus compañeros el camino de Mysore; penetra en el Malabar; y predicando en todas partes la fe, tiene la felicidad de bautizar por su mano mas de treinta

¹ *Costumbres, instituciones y ceremonias de los pueblos de la India*, por el abate J. A. Dubois, tomo I, pág. 423.

mil paganos. Apaleado en unas partes; conducido en otras en triunfo; perseguido aquí, acogido acullá; cargado en un sitio de cadenas, y venerado en otro como un ser enviado del cielo, llega por último, después de veinte y tres años de persecuciones y goces, á caer en manos de los bramias, que en 4 de febrero de 1693 le acusan de hechicero, y le asesinan cobardemente. La muerte de Britto no cambió en nada el impulso comunicado por él á la Religion en aquel país. La Iglesia y la Sociedad contaron un mártir mas en sus anales, y el Indostan saludó tres años después á un nuevo misionero bramia, que pasaba á dar la última mano á la obra que habia bosquejado Nobili: era este el P. Constañcio Beschi, á quien apellidaban los indios el gran Viramamoun.

En tanto que el Maduré es evangelizado por los Jesuitas, que se amoldan á las costumbres de la nacion, se someten á todas las austeridades, al silencio y al martirio, por convertirla al cristianismo, el P. Melchor Fonseca ve construir á su presencia la primera iglesia de Bengala; y mientras que los moradores de Chaulernagor concurren á dedicar á Jesucristo el templo que ha erigido su piedad, los reinos de Arracan, Pegú y Cambodge escuchan con docilidad la doctrina de los Padres, y el de Siam llama á su seno al P. Tristan de Golayo.

Accediendo este á los deseos del soberano de aquel país, pasa á él con el P. Baltasar Segueira, establece la mision, y empieza á formar neófitos. Hallábanse ya instalados los Franciscanos en la isla de Ceylan, cuando en 1602 abordaron á ella los hijos de Ignacio, quienes principiaron, con anuencia de los primeros, á evangelizar aquellas poblaciones, trabajando con ellos los Padres Alejandro Hünner, Santiago Guzman, Antonio Mendoza y Pedro Euticio. Sus primeros ensayos fueron felices, mas sus triunfos acarrearón bien pronto la persecucion, de la que perecieron víctimas del acero homicida de los isleños Juan Metella y Mateo Palingotti, individuos ambos de la Sociedad. Este era un nuevo estímulo para los Jesuitas: si dos de ellos acababan de ser degollados, otros cuatro se presentaban para compartir los afanes apostólicos en union del P. Sociro, Jesuita, que se habia hecho estimar de los indígenas y portugueses. Era como un lazo entre vencedores y vencidos, haciendo la victoria mas clemente, y calmando los sinsabores de la derrota y de la esclavitud. Pero en 1627 llegó á ser la isla de Ceylan el teatro de una lucha mas encarnizada que nunca.

Preso Sociro por los bárbaros, y conducido á presencia de su jefe, indignase éste á la vista del Jesuita, cuyo nombre ha sonado tantas veces en sus oidos. Reprende agriamente á sus soldados de que hayan perdonado la vida del mas implacable enemigo de sus dioses; y apenas habian salido de sus labios las últimas expresiones, cuando cae el Padre acribillado de flechas. Del mismo modo murió en 14 de setiembre de 1628 el P. Mateo Fernandez, mientras que el Jesuita Bernardo Pocci sucumbia víctima de la espada de los gentiles.

No eran estos últimos los antagonistas mas temibles de la Compañía; los protestantes holandeses infestaban las costas de Goa para hacer en ellas su tráfico, y para interceptar el paso á los Jesuitas. Habiendo sido enviado un navío portugués con el objeto de vengar las tropelias de los Luteranos, quiso el Virey que los Jesuitas Manuel de Lyma y Mauro de Moureyra, formasen parte de la expedicion para animar á los marineros; pero no tardaron estos en ser acometidos, y á pesar de su resistencia, llegaron aquellos á incendiar el buque. Lánzase Moureyra al mar con la tripulacion; observando los herejes que habia un Jesuita entre aquellos hombres que buscaban en el Océano un refugio contra las llamas, se precipitaron todos sobre este último, y le asesinaron con sus arpones. En 16 de agosto de 1633 fallecia envenenado el P. Antonio de Vasconcellos, inquisidor general de las Indias, en el mismo dia que habia renunciado esta dignidad para consagrarse al Instituto de san Ignacio. El año siguiente espiró el P. Andrada con el mismo género de muerte. El protestantismo, que suscitaba en Europa todas las pasiones contra los Jesuitas, hallaba al mismo tiempo en las poblaciones bárbaras de las Indias una multitud de auxiliares que secundaban su odio.

Sin intimidarse á vista de las calamidades que les aguardaban, se lanzaban otros Padres en busca de nuevos neófitos. El P. Juan Cabral penetró en el Tibet por los años de 1628, é internándose en el centro del imperio, explicó al soberano los dogmas de la Religion, y asombrado este de la sublimidad del Evangelio, le otorgó la facultad de anunciárselo á sus súbditos. Hizolo así el Jesuita sin demora; á pesar de que los sacerdotes de los ídolos, saliendo de su apatía, y sabiendo cuán grande ascendiente podia tomar el cristianismo sobre el ánimo de los pueblos, trataron desde luego de exigir que se anulase la real autorizacion, amena-

zándole con sublevar al populacho contra el príncipe y contra sus colegas. Conociendo entonces Cabral que una persistencia demasiado tenaz no podría menos de ser peligrosa sin producirles ningún resultado feliz, y les cerraría para siempre la entrada en este reino, suplicó al rey que le permitiese retirarse, y no pudiendo pensar en el Tibet se encaminó á Nepaul.

El Asia y el África se cubrían de Jesuitas, multiplicándose igualmente en ambas Américas: hubiérase dicho que tan industriosa caridad ejercida con tantos pueblos conducidos á la civilización en todos los puntos del globo, no llenaba aún los deseos de los Padres, y que tan inmensas conquistas no bastaban para mitigar la sed de salvación de las almas que les agitaba. Hacia ya tiempo que el Brasil y Méjico habían franqueado sus puertas á sus ambiciosos designios de emancipación cristiana. En todas partes les aguardaban peligros que arrostrar y torturas que sufrir; pero no bastando todo esto para satisfacer su entusiasmo, querían conducir el emblema del cristianismo hasta los límites de las regiones más ignoradas. El 30 de abril de 1643 se hicieron á la vela quince nuevos misioneros en el puerto de Lisboa para el Marañon, en cuyo punto habían fundado una residencia los Padres del colegio de Fernambuco, y era menester fecundizarla. Pero habiendo zozobrado el buque que los conducía, fueron todos tragados por las olas: pérdida que, sin embargo, no hizo desmayar en sus trabajos á los que se ocupaban en evangelizar á los salvajes del río de las Amazonas.

Ni el océano con sus tormentas, ni los Protestantes con su encono, ni los sacerdotes de los falsos dioses con su venganza, eran capaces de intimidar á los Jesuitas, que contestaban á todas estas muertes con nuevos sacrificios: si acaban en una parte de sucumbir doce de ellos antes de haber podido luchar, en otra se presentan otros ocho misioneros, que penetrando hácia el Norte del Cabo Frio, y costeano á lo largo del mar, arriban por último, abrasados por los calores del trópico, al país de los Guaitaces, pueblo que por su ferocidad había llegado á ser el terror de los marineros. Se alimentan de los cadáveres de los naufragos que el mar arroja á sus costas; pero cuando la borrasca no les suministraba provisiones para estos horribles festines, se emboscaban en la frontera, espían la marcha de los europeos, que huyendo de atravesar montañas inaccesibles ó enmarañadas sel-

vas, costeaban el océano, los capturaban á su paso, y los devoraban en seguida. Audaces y astutos, con un pié en las montañas, y con el otro en las orillas del mar, y dispuestos siempre al robo, al asesinato y á la perfidia, habían llegado á ser estos salvajes el azote de los portugueses.

El gobernador de Rio-Janeiro confió á los Jesuitas el cuidado de domesticar á unos pueblos tan feroces, que á más de no conservar relación alguna con las demás tribus brasileñas, se aislaban en su crueldad, y aun su mismo idioma difería de todos los demás; por cuya razón aun los más aguerridos rehusaban entrar con ellos en batalla. Tampoco conocían los Padres su lenguaje; pero introduciéndose en el país, luego que se hallaron en presencia de los bárbaros, tratan de hacerles comprender con señas el objeto de su excursión. La vista de aquellos hombres, que sin otras armas que una cruz y un breviario, desafiaban tranquilos su sed de sangre humana, aproximándose á ellos como esclavos ó amigos, hace conjeturar á los Guaitaces que su viaje encerraba algo de extraordinario. Rodean á los misioneros, los miran con un sentimiento de curiosidad y de compasión, y por último, nueve de ellos se deciden á seguir á los Padres al colegio de Rio-Janeiro. Con esto ya se había dado un paso inmenso hácia la civilización: los Jesuitas triunfaban de la barbarie, y habían logrado inspirarla confianza; y la barbarie iba á someter su horrible voracidad á las leyes del cristianismo. Los nueve Guaitaces fueron formados, instruidos y bautizados; y luego que estos primeros neófitos regresaron, cargados de presentes, al país que los había visto nacer, pudieron diseminar en él la semilla evangélica desarrollada después por los misioneros que los habían tomado salvajes, y se los devolvían cristianos.

También la Nueva-Granada contaba en su seno á los PP. Alfonso Medrano y Francisco Figueroa, los que habiéndose lanzado en medio de aquellos desiertos por los años de 1598, después de haber principiado su misión predicando á los españoles en Santa Fe de Bogotá la reforma de costumbres y la caridad, prodigaron los tesoros de la Religión á los esclavos é indígenas. Mientras que en 1604 se ocupaban en la fundación de un colegio en la referida ciudad, evangelizaban á sus moradores, y relacionándose con los naturales, compendaban sus diferentes idiomas en uno solo, cuyo diccionario componía á la sazón el Jesuita José